

ECLESIAÍSTICA

(A PROPÓSITO DEL DISCURSO DE JUAN PABLO II AL IV CONGRESO INTERNACIONAL DE DERECHO CANÓNICO)

Eduardo Molano

Facultad de Derecho Canónico
Universidad de Navarra
emolano@unav.es

SUMARIO: *Introducción al Discurso del Papa: algunos recuerdos personales*. 1. *En continuidad con el Magisterio del Concilio Vaticano II y del Papa Pablo VI*. 2. *El Misterio de la Iglesia y los fundamentos del Derecho Canónico*. 3. *Cuestiones del Derecho Público Externo de la Iglesia*. 4. *La Teoría Fundamental del Derecho Canónico y la colaboración interdisciplinar entre las Ciencias Eclesiásticas*. 5. *El Derecho Canónico como “Ius Caritatis” y como “Ius Communionis”*. 6. *Derechos y obligaciones de los fieles*.

Introducción al Discurso del Papa: algunos recuerdos personales

Transcurridos veinte años desde la celebración del IVº Congreso Internacional de Derecho Canónico, que tuvo lugar en Friburgo (Suiza) y que estuvo dedicado al estudio de “los derechos fundamentales del cristiano en la Iglesia y en la sociedad”, la Revista “Fidelium Iura” quiere que se vuelva de nuevo sobre esta cuestión teniendo en cuenta la perspectiva de los años transcurridos y los hechos posteriores que pueden ser significativos, como

podieran ser la promulgación de los Códigos de Derecho Canónico, latino y oriental. En este sentido, se me ha invitado a comentar el discurso que su Santidad el Papa Juan Pablo II dirigió el 13 de octubre de 1980 a los participantes en el Congreso, que se desplazaron a Roma para asistir a esa Audiencia especial.

Recuerdo ante todo con qué ilusión viajamos a Roma desde Friburgo una gran mayoría de los que asistimos a las sesiones del Congreso, que tuvo lugar entre los días 6 y 11 de octubre de 1980. Los que hicimos el viaje por ferrocarril tuvimos ocasión de comentar las diversas incidencias de las sesiones congresuales y pudimos seguir discutiendo sobre los temas que fueran objeto de debate. Al mismo tiempo, con aire festivo, caminábamos hacia Roma con el espíritu de los peregrinos, deseando tener esa Audiencia con el Santo Padre, al poco de iniciarse su pontificado. Confiábamos en que la Audiencia nos diera ocasión de saludar personalmente al Santo Padre, como así fue, y nos hacía ilusión escuchar sus palabras una de las primeras veces en que iba a tener ocasión de dirigirse a los canonistas y de manifestarnos su autorizada opinión sobre el Derecho Canónico.

La celebración de la Audiencia no sólo no defraudó nuestras expectativas sino que las colmó plenamente.

Tras unas palabras de presentación del Prof. Pietro Agostino D'Avack, hasta entonces Presidente de la *Consociatio*, el Santo Padre pronunció un bello discurso sobre el Derecho Canónico y sobre las cuestiones que habían sido objeto del Congreso. Al final de la Audiencia, un Juan Pablo II pletórico de juventud y de vitalidad nos fue saludando uno por uno a todos los congresistas asistentes al acto, entreteniéndose con unos y con otros sin ninguna prisa, dando a entender que estaba encantado de recibirnos y de partir con nosotros. Su Bendición Apostólica nos confortó y nos animó a todos a seguir trabajando en nuestra tarea de canonistas. Ya sabíamos que el Papa estaba interesado en nuestro tra-

bajo y que nos animaba incluso a prestarle ayuda en su oficio de Supremo Pastor de la Iglesia.

Si se me permite una confesión personal, para mí fue también una ocasión de dar muchas gracias a Dios por haber podido conocer y saludar personalmente al Papa, y haber recibido su Bendición, el mismo día en que celebraba mi Santo, en la fiesta de San Eduardo, rey y confesor.

1. En continuidad con el Magisterio del Concilio Vaticano II y del Papa Pablo VI

El Congreso de Friburgo se celebra, pues, en los comienzos del Pontificado de Juan Pablo II, un pontificado que se propuso como Programa el desarrollo y aplicación del magisterio y directrices del Concilio Vaticano II para llevar a la Iglesia al nuevo milenio. El Papa estaba comenzando a desarrollar el riquísimo magisterio que ahora conocemos, tratando con su voz autorizada las diversas cuestiones que interesan a la Iglesia y a los cristianos. Lo hacía con la fuerza de su impronta personal, de la que se ha valido el Espíritu Santo para hablar a la Iglesia del final del milenio. Sus palabras no dejan a nadie indiferente.

El discurso que nos dirige a los canonistas con motivo del Congreso de Friburgo es también una pieza maestra de su magisterio sobre este tema específico. Ordenadamente, en doce puntos, expone con brevedad los principios que sirven de fundamento al derecho canónico y a una verdadera Teología del Derecho. Se refiere también en algunos de esos puntos al tema del congreso, los derechos fundamentales del cristiano y los derechos del hombre. Destaca algunas cuestiones, matiza otras, y anima a todos los estudiosos y expertos en Derecho Canónico a seguir trabajando para prestar un servicio a la Iglesia.

Sin pretender hacer un análisis exhaustivo del contenido de su discurso, para lo que remito al lector a la lectura directa del mismo, me limito a subrayar algunas cuestiones allí tratadas.

En los primeros cuatro puntos en que se divide, el Papa saluda a los congresistas y agradece el servicio que los Congresos Internacionales de Derecho Canónico prestan a la Iglesia. A continuación, sitúa su magisterio pontificio en continuidad con el magisterio de su Predecesor, el Papa Pablo VI, que deseó muchas veces contemplar el misterio de la Iglesia y, dentro de él, el lugar y la función que corresponde al Derecho Canónico. Pablo VI alentó también la colaboración interdisciplinar entre las diversas disciplinas sagradas y recalca, siguiendo el parecer del Concilio Vaticano II, la necesidad de una verdadera Teología del Derecho Canónico. Juan Pablo II confirma expresamente ese magisterio y desea seguir desarrollándolo.

Otro punto importante del magisterio de Pablo VI que Juan Pablo II destaca es el que se refiere a las razones eclesiales del Derecho Canónico, que Pablo VI consideraba como un Derecho de comunión (*ius communionis*) y un Derecho de caridad (*ius caritatis*). Juan Pablo II considera que de aquí deriva un importantísimo deber para la Iglesia. Al considerar su propio misterio de comunión, la Iglesia posee la capacidad de comprender al hombre y, por tanto, puede señalar con más precisión los principales derechos que especifican su naturaleza y defienden su dignidad.

2. *El Misterio de la Iglesia y los fundamentos del Derecho Canónico*

En la parte central de su discurso, concretamente en los puntos 5, 6 y 7, el Papa trata de los principios que, según sus mismas palabras, “constituyen el fundamento del Derecho de la Iglesia y forman la verdadera Teología del Derecho”.

En el punto 5, el Papa manifiesta la necesidad de profundizar en el misterio de la comunión, por ser expresión de la naturaleza de la Iglesia. La comunión eclesial está en relación, ante todo, con el misterio de comunión que es la Santísima Trinidad. Esta comunión de vida y de amor es participada por el hombre a través de Cristo, que es quien nos une íntimamente a Dios. Por ser Dios la medida del hombre, el hombre ha de volver constantemente a Jesucristo, Dios encarnado, si desea conocerse mejor como hombre y desea que el mundo sea humano.

Por esta razón, para conocer la verdadera dignidad y libertad del hombre hay que dirigirse necesariamente a Jesucristo y contemplar el misterio de Cristo. Es Cristo quien ha devuelto al hombre su dignidad y libertad perdidas. La verdadera liberación del hombre se encuentra en Cristo, y Cristo vive en la Iglesia. Por tanto, la verdadera liberación del hombre llega a su plenitud mediante la experiencia de la comunión eclesial.

Si para conocer la dignidad del hombre hay que mirar al misterio de Cristo, de modo semejante, para conocer la naturaleza del derecho eclesial y los derechos primarios de los cristianos hay que contemplar el misterio de ese “Cristo total” que es la Iglesia. El lugar y función del Derecho Canónico y la naturaleza de los derechos de los fieles sólo pueden revelarse contemplando el misterio de la Iglesia.

En el punto 6 de su discurso, el Papa prosigue esa clarificación de los fundamentos del Derecho Canónico. Ante todo, considera que el orden eclesial rectamente entendido es un verdadero orden jurídico en el fuero externo. Pero este orden tiene sus propias características, que derivan de los valores a los que sirve. Concretamente, el orden canónico está orientado a la consecución de la paz en la comunión (*pacem in communione*). Esta paz deberá ser caridad.

Por tanto, nadie debe llamarse a engaño: el Derecho no se opone a la caridad. Por el contrario, la caridad reclama al derecho para significar y asegurar en esta tierra sus necesarias exigencias. Lo cual es tanto como decir que el Derecho Canónico ha de ser también una especie de “*sacramentum caritatis*”, signo que manifiesta la caridad en orden a la comunión.

Las exigencias de la caridad se comprenden mejor cuando son vistas no sólo a la luz de Dios y del Amor de Dios sino también en relación con las estructuras vivas de la misma Iglesia. La Iglesia es, por decirlo de alguna manera, como una prolongación de la Encarnación del Verbo, que se hizo hombre para hacer partícipes a los hombres de la libertad de los hijos de Dios. La Iglesia es, a la vez, el Cuerpo Místico de Jesucristo y la comunión de los Santos.

El Papa señala ahí cuáles son los bienes y valores a los que se orienta y sirve el Derecho Canónico. Aunque se trata de un verdadero orden jurídico en el fuero externo, ha de servir a las exigencias de la caridad y de la comunión. En este sentido, puede especificarse como un *ius communionis* y un *ius caritatis*.

En el punto 7 el Papa se refiere a las dimensiones esenciales de la comunión eclesial. Se trata de una comunión de fieles, pero también de una comunión jerárquica. Dentro de esta comunión de fieles, cada bautizado ocupa su lugar, y tiene en ella su propia condición y posición, a la vez que desempeñan diferentes funciones y oficios. Todo esto dará lugar al correspondiente estatuto jurídico de derechos y deberes del cristiano en la Iglesia, diferente según se atienda a la condición común o a la condición propia de los fieles.

Por otra parte, aunque es el Espíritu Santo quien realiza esta comunión, al Colegio Episcopal y a cada uno de los Obispos en cuanto sucesores de los Apóstoles es a quienes corresponde promoverla y conservarla. Para ello, cuentan con un triple *munus* de

santificar, enseñar y regir que han recibido por la sucesión Apostólica, a través del Sacramento del Orden. En el seno de la comunión jerárquica el sucesor de Pedro es la piedra angular en torno a la cual se edifica la Iglesia. Pedro es también quien preside a esta comunión de caridad que es la Iglesia. Finalmente, la comunión jerárquica puede considerarse también una comunión ministerial al servicio de todos los fieles cristianos. La comunión jerárquica está ordenada a la comunión de los fieles.

Todos estos principios constituyen el fundamento del Derecho de la Iglesia y son la base para la elaboración de una Teoría Fundamental del Derecho Canónico y de una Teología del Derecho. Por tanto, según la mente del Santo Padre, es ineludible que estas disciplinas canónicas y teológicas investiguen el misterio de la Iglesia, misterio de comunión de características peculiares, que exige también un orden jurídico.

3. Cuestiones del Derecho Público Externo de la Iglesia

Hasta aquí, el Papa se ha referido a cuestiones que, con terminología clásica, podríamos considerar de Derecho Público interno de la Iglesia Católica. A continuación, en los puntos siguientes de su Discurso, se refiere más bien a cuestiones relacionadas con el Derecho Público externo de la Iglesia. En ellas considera que, siendo la misión de la Iglesia la salvación de los hombres, debe trabajar para que se conozcan mejor los derechos fundamentales del hombre y para influir en su cumplimiento y ejecución. En particular se refiere a los derechos de la familia, de los grupos sociales y de las comunidades religiosas.

En primer lugar, la Iglesia no ha cesado nunca de tutelar estos derechos dentro de su propio ordenamiento jurídico. Incluso ha llegado a establecer penas canónicas para quienes atentaban contra la vida o la dignidad del hombre, o contra quienes lesionan su

fama o le privan de libertad (cfr., por ejemplo, cánones 2350 y 2352-2355 del Código de Derecho Canónico de 1917, que es el vigente en el momento del Discurso que comentamos). A partir del Vaticano II se inició una renovación del Derecho de la Iglesia en la que estuvo muy presente la definición de los derechos de los fieles. Pero los derechos de los cristianos reclaman también —como base suya— los derechos primarios del hombre. Por eso el Derecho de la Iglesia no puede despreciar esos derechos, sino que debe seguir contribuyendo a su aplicación y promoción.

Por otra parte, la Iglesia ha contribuido a la promoción de la dignidad humana y de sus derechos mediante el ejercicio de su “munus docendi” y del ministerio de la predicación. Así, ha favorecido la paz entre las naciones, ha proclamado el derecho de todas las naciones a su libertad, ha invocado la fidelidad en los pactos, y ha alentado la creación de una autoridad universal sobre las naciones para promover la paz en el mundo y la unidad entre los hombres.

Además de la tarea que la Iglesia ha desarrollado y sigue desarrollando como institución, también se preocupa de alentar a los fieles cristianos para que, en cuanto ciudadanos, procuren trabajar a fin de que los derechos fundamentales de la persona sean reconocidos y respetados en las leyes civiles. En este sentido, el Papa hizo un llamamiento en su Discurso a los fieles laicos que se dedican al estudio e investigación del Derecho. A ellos corresponde, como parte de su misión en la Iglesia, contribuir con su trabajo profesional a que las leyes civiles expresen del modo más adecuado posible la ley de la sabiduría divina, inscrita en el corazón de los hombres; como, así mismo, que las leyes que violan esos derechos fundamentales sean modificadas por normas respetuosas con esos derechos. El Papa enumera el derecho a la vida desde la concepción hasta la muerte, el derecho a la dignidad, a la integridad y a la libertad.

El Papa cierra sus consideraciones sobre el Derecho Público externo de la Iglesia recordando que la distinción entre el orden político y el orden religioso no pueden significar una separación absoluta entre la comunión eclesial y la comunidad humana. Cada día que pasa existe una conciencia mayor de que la suerte futura del hombre sobrepasa las cuestiones del orden político. Hay problemas que no pueden resolverse mediante la acción institucional del Estado. Existe el peligro de que el desarrollo técnico ahogue el mundo espiritual. Por eso, el Papa se siente en la obligación, por razón de su oficio exclusivamente espiritual, de dar testimonio de la verdadera grandeza del hombre en toda la complejidad de su vida y existencia. La excelencia del hombre fluye del Amor de Dios que nos creó a su imagen y nos hizo capaces de la vida eterna.

El Santo Padre termina su Discurso con una exhortación. Primero, recuerda a los congresistas que el trabajo que desarrollan guarda una estrecha unión con la propia misión del Romano Pontífice. A continuación, invita a todos, haciendo una petición que conmueve, a seguir ofreciéndole su ayuda con un trabajo lleno de alegría y constancia. Según el Papa, el Derecho de la Iglesia puede y debe informar y promover el Derecho de la humanidad. Por eso, al profundizar en el estudio de los derechos fundamentales de los cristianos se está influyendo para que se conozcan mejor y se lleven más a la práctica los derechos primarios del hombre. De este modo, se contribuye también a la comprensión y tutela de la verdadera dignidad humana.

4. La Teoría Fundamental del Derecho Canónico y la colaboración interdisciplinaria entre las Ciencias Eclesiásticas

La “mens legislatoris” es norma de interpretación de las leyes eclesiasísticas (c. 17 del CIC). La mente del legislador se expresa en las propias normas canónicas de derecho positivo, pero el Ro-

mano Pontífice no es solamente el sujeto de la Autoridad Suprema de la Iglesia (junto con el Colegio Episcopal) (c. 331), sino también Doctor Supremo de todos los fieles (c. 749 § 1). Esa unidad entre Magisterio y Gobierno en la persona del Papa lleva consigo la necesidad de atender también al ejercicio del magisterio papal para conocer mejor la mente del legislador canónico. Por eso, también para la interpretación del Derecho Canónico, tienen mucho interés los actos del Magisterio Pontificio, y, en particular, cuando se trate de manifestaciones del magisterio que tratan expresamente del Derecho Canónico y de la tarea que compete a los canonistas. De ahí su interés como punto de referencia al que debemos seguir acudiendo quienes de un modo u otro nos dedicamos al Derecho Canónico. Pero diría también que los diferentes aspectos tocados en el Discurso del Papa, y que he intentado destacar, siguen teniendo ahora, a los 20 años de ese evento, plena actualidad y vigencia.

Siguiendo la pauta ya iniciada por Pablo VI, Juan Pablo II insiste en la necesidad de elaborar un Derecho Canónico que no se canse de mirar al Misterio de la Iglesia. En este sentido, los dos Pontífices no hacen más que seguir las directrices del Concilio Vaticano II. Pero podría ocurrir que, con el paso del tiempo, se olvidase esta decisiva directriz metodológica o no estuviese en el primer plano de la Ciencia Canónica. Por ello es conveniente recordarlo oportunamente. Por lo demás, esta orientación vale a la hora de elaborar una Teología o Teoría Fundamental del Derecho Canónico, pero también a la hora de cultivar cualquiera otra rama o sector del Derecho de la Iglesia. Todos los cultivadores del Derecho Canónico han de atenerse al principio general de la “*salus animarum*” como ley suprema, pero este principio sólo será entendido correctamente a partir de una reflexión profunda sobre el Misterio de la Iglesia.

La investigación del misterio de la Iglesia como punto de partida de la Ciencia Canónica, lleva también consigo la necesidad

de establecer una adecuada colaboración interdisciplinar entre los cultivadores de las Ciencias Eclesiásticas. La Ciencia Canónica necesita colaborar estrechamente con la Teología Dogmática, con la Teología Moral, con la Teología Pastoral, etc. En particular, necesita de una estrecha colaboración con la Teología de la Iglesia y con la Teología del Derecho Canónico. Esta última disciplina necesita desarrollarse mucho más, a partir de la orientación conciliar a que antes nos referíamos. Lo mismo podría decirse de una Teoría Fundamental del Derecho Canónico elaborada por canonistas a partir de su propia metodología jurídica. Tal colaboración interdisciplinar exige superar todo tipo de recelos entre teólogos y canonistas, que no deberían verse como competidores sino como coadyuvantes en orden a una misma finalidad de servicio a la Iglesia.

El misterio de la Iglesia es un misterio de comunión y este es otro punto que el Papa anima a profundizar. El Papa señala la relación existente entre la comunión eclesial y la Comunión en el seno del Misterio Trinitario. Y se refiere también a la relación entre el Misterio de Cristo y el Misterio de la Iglesia. A todo esto se había referido ya el Vaticano II, y el Papa quiso subrayarlo de nuevo. La Ciencia Canónica debe seguir profundizando en las consecuencias que para ella derivan de la íntima relación entre Cristo y la Iglesia, en particular la consideración de la Iglesia como Cuerpo Místico de Cristo. Esta relación, expuesta ya autorizadamente por el Magisterio del Papa Pío XII, ha sido asumida de nuevo por el Magisterio Conciliar del Vaticano II al tratar de las diferentes imágenes de la Iglesia. No es preciso detenerse en la fecundidad que esta doctrina ha tenido para la fundamentación de las instituciones canónicas. Pero conviene no olvidarlo para que pueda continuar siendo un concepto relevante para el Derecho Canónico. La visión de la Iglesia como un cuerpo orgánico y diferenciado, dotado de unidad y diversidad a la vez,

basada en la noción de Cuerpo de Cristo, sigue siendo utilísima para explicar tantas consecuencias jurídicas que de ahí derivan.

5. *El Derecho Canónico como “Ius Caritatis” y como “Ius Communionis”*

Otro punto señalado por el Papa es la relación entre justicia y caridad, que se da en el misterio de la Iglesia. Se trata de un tema capital, sobre el que siempre es preciso hilar muy fino para no separar lo que debe estar unido, y para no confundir lo que debe distinguirse. El Papa considera el Derecho Canónico como un verdadero orden jurídico orientado al servicio de la comunión, y, por tanto, de la caridad. La comunión y la caridad son valores a los que debe servir el Derecho Canónico. Por otra parte, la caridad tiene unas exigencias de justicia que reclaman también el cumplimiento de lo debido. Esto vale también con respecto a la Comunión, que “no es un vago afecto sino una realidad orgánica, que exige una forma jurídica y que, a la vez, está animada por la caridad” (Nota explicativa previa, 2.^a, de la Constitución Conciliar “Lumen gentium”). La justicia es un alto valor social, pero en la Iglesia no es el valor supremo, y está subordinado a la caridad y a la comunión, como está subordinado también a la “salus animarum”. En este sentido no hay que tener miedo a hablar del Derecho Canónico como un Derecho de Caridad y un Derecho de Comunión.

El Papa destaca, además, que la Iglesia no es solamente comunión de fieles, orgánicamente diferenciada, sino también comunión jerárquica, presidida por el Colegio Episcopal bajo el Romano Pontífice. Los Obispos, en cuanto sucesores de los Apóstoles por medio del Sacramento del Orden, han recibido el triple “munus” para promover y conservar la comunión eclesial. El Primado de Pedro garantiza también esa unidad entre los Pastores y entre los fieles. Pero, a la vez, el sentido de la Autoridad Suprema

que ha recibido el Colegio Episcopal, con y bajo el Papa, es el de servir a la comunión eclesiástica.

En unos cuantos rasgos, el Papa resume los principios por los que se rige la Organización jerárquica de la Iglesia. Son principios básicos del Derecho público de la Iglesia, de acuerdo con la Ecclesiológia Conciliar del Vaticano II. La Ciencia Canónica postconciliar ha ido asimilando también, poco a poco, el sentido de la potestad eclesiástica como un servicio a los fieles. Se puede avanzar todavía mucho en la deducción de las consecuencias que de ahí derivan para el ejercicio de la potestad eclesiástica, una vez superado cualquier tipo de motivación reivindicativa, ajena a lo que deben ser las actitudes eclesiales.

6. Derechos y obligaciones de los fieles

El tema del Congreso Internacional celebrado en Friburgo fueron los derechos fundamentales del cristiano en la Iglesia y en la sociedad. Tiene dos vertientes. Una de Derecho Canónico: los derechos fundamentales en la Iglesia. Y otra de Derecho Eclesiástico del Estado: los derechos fundamentales del cristiano en la sociedad. A ambas cuestiones se refirió el Discurso de Juan Pablo II que comentamos. El que ha sido considerado Papa de los derechos humanos no podría menos de sentir un gran interés por estas cuestiones. Lo confesó abiertamente en su Discurso: "¿Puede haber algo que revista más interés que el definir mejor los derechos fundamentales de los cristianos para que puedan ser respetados más convenientemente? ¿Y hay algo más necesario que el respeto y la defensa de los derechos primarios del hombre sobre todo en nuestra época?".

En este comentario, quiero ceñirme solamente a los temas del Derecho Canónico y no me referiré, por tanto, a las alusiones que el Papa hizo a la problemática de Derecho Eclesiástico estatal que

plantea el reconocimiento de los derechos de los fieles en cuanto ciudadanos, temática que puede reconducirse al reconocimiento del derecho fundamental de libertad religiosa y demás.

Por lo que se refiere a los derechos del cristiano en la Iglesia, Juan Pablo II quiso citar expresamente al Papa Pablo VI. Juan Pablo II recordó que el Papa Pablo VI con mucha frecuencia recalcó el valor de los derechos fundamentales y destacó los principales derechos del cristiano para que ahí se inspirara el nuevo código de Derecho Canónico postconciliar en su momento. Por otra parte, para Juan Pablo II, la definición de los derechos primarios de los cristianos exige realmente un trabajo arduo. El Concilio Vaticano II, según el Papa, emprendió esta labor entre grandes dificultades. Y esta labor debe continuar. Para el Papa, que pronuncia su Discurso cuando todavía no se había promulgado el Código de 1983, la renovación del Derecho de la Iglesia contribuirá por su parte a la conservación de esos derechos y a la puesta en práctica de los mismos.

Veinte años después de pronunciado ese Discurso, y una vez promulgado el Código de Derecho Canónico de 1983, ¿podríamos hablar de un reconocimiento de los derechos fundamentales del fiel por parte del Derecho Canónico? La respuesta a esta pregunta sólo puede darse con muchos matices. Es verdad que el Código de Derecho Canónico ha definido por primera vez en el Derecho de la Iglesia un elenco de “deberes y derechos de los fieles”. En este sentido, cabe decir que el Código contiene una verdadera declaración de los derechos y obligaciones.

Pero también es verdad que no se ha promulgado el Proyecto de Ley Fundamental de la Iglesia que, cuando Juan Pablo II pronunciaba el Discurso que estamos comentando, había creado unas expectativas de reconocimiento de tales derechos muy superiores a lo que ocurriría, una vez descartada la promulgación del Proyecto. Como es sabido, esa declaración de derechos contenida en el Proyecto de “*Lex Ecclesiae Fundamentalis*” pasó sustancial-

mente al Código de Derecho Canónico, pero sin la cualificación y garantías que el Proyecto de LEF había previsto para tales derechos. Entre otras cosas, cabe dudar de que todos los derechos de los fieles reconocidos por el actual Código puedan ser calificados de fundamentales. Habrá que distinguir entre unos y otros, y analizar la relación con el *ius divinum Ecclesiae*. Su carácter de fundamentales no puede derivar ya de su reconocimiento en un texto con forma de Ley Fundamental, sino de su contenido y vinculación con el Derecho divino. Por otra parte, las garantías que ofrece el Código para la protección de esos derechos son mucho más débiles que las que previó, en su momento, el Proyecto de Ley Fundamental de la Iglesia. Por eso, algunos autores han hablado de derechos de los fieles “debilitados”, disminuidos en cuanto a su valor y garantías.

¿Quiere esto decir que no se ha avanzado en el reconocimiento de los derechos de los fieles? La respuesta, en este caso, es negativa. Se ha avanzado mucho en el reconocimiento de esos derechos. El Código de Derecho Canónico los recoge y los protege con ciertas garantías. No es lo que algunos hubiesen deseado, pero es un reconocimiento que hay que calificar de positivo y aceptable, atendidas todas las circunstancias, también la oposición que ese reconocimiento pudo encontrar en algún sector de la Iglesia. En realidad, el Código adopta una vía media entre el todo y el nada, quizá la única vía posible. Por eso, se ha dado un gran paso adelante en la declaración y reconocimiento de esos derechos.

Y habría que añadir que el legislador ha acertado también plenamente cuando ha completado esa declaración de derechos con otra declaración paralela de las obligaciones que competen a los fieles. En el Derecho de la Iglesia los derechos de los fieles no pueden tener un carácter reivindicativo de oscuros intereses particulares, sino que muchas veces serán el cauce ordenado para cumplir los deberes y obligaciones propias de los cristianos. Es la

propia fidelidad a Cristo y a la Iglesia, que todos los fieles cristianos están llamados a vivir, lo que exige también el reconocimiento de facultades y de poderes para poderlo llevar a cabo ordenadamente. Para eso se necesitan los cauces y procedimientos adecuados amparados por el Derecho.

La doctrina canónica está llamada ahora a seguir profundizando en la tarea de análisis y estudio de los diversos derechos y obligaciones reconocidos a los fieles por el actual derecho vigente de la Iglesia, en particular por los Códigos de Derecho Canónico latino y oriental. Esa tarea será de gran ayuda para los fieles, que podrán ser cada vez más conscientes de su estatuto jurídico en la Iglesia; y será también de gran ayuda para las diversas instancias eclesiales llamadas a desarrollar normativamente o a aplicar los derechos y obligaciones de los fieles. Parte importante de esta tarea de estudio ha de ir encaminada a conseguir una mejora paulatina de los medios de protección y defensa de esos derechos en la praxis de la Iglesia. En este sentido, puede tener un particular interés la contribución a un perfeccionamiento de los recursos administrativos y judiciales existentes como garantía de tales derechos.

Todo esto es lo que parecía desear el Papa Juan Pablo II en su Alocución al Congreso de Friburgo. Todo esto es lo que nos pidió expresamente en aquella inolvidable Audiencia concedida a los congresistas. Por eso quiero terminar este breve comentario a su Discurso, transcurridos veinte años desde su celebración, reproduciendo las que fueron sus últimas palabras, que siguen resonando como una llamada estimulante en todos aquellos que cultivamos la Ciencia Canónica: “¡Os pedimos por tanto que continuéis ofreciéndome esta ayuda en el trabajo con alegría y firmeza! El derecho de la Iglesia debe empapar y promover el derecho de los hombres. Cuando profundizáis en el estudio de los derechos fundamentales de los cristianos estáis influyendo para que se conozcan mejor y se lleven más a la práctica los derechos prima-

rios de los hombres: ¡Acrecentáis cada vez más, según el plan de Dios, la inteligencia y la defensa de la verdadera dignidad de la persona humana!”.